

Viejos y nuevos espacios para la ciudadanía: la manifestación del 15 de febrero de 2003 en Madrid

Old and New Spaces for Citizenship: The February 15th (2003) Demonstration in Madrid

María Luz MORÁN

Facultad de CC. Políticas y Sociología. UCM. Madrid
mlmoran@cps.ucm.es

Recibido: 27.02.05
Aprobado: 17.05.05

RESUMEN

En el seno del actual debate sobre las transformaciones que está sufriendo la ciudadanía en las sociedades contemporáneas, sorprende la escasa atención que se ha prestado a los cambios de aquellos espacios —geográficos y virtuales— en donde se desarrollan las prácticas de ciudadanía. No obstante, la dimensión espacial sí ocupa un lugar relevante en toda la discusión en torno a las características y efectos de la globalización.

A partir de estas premisas, el artículo defiende la relevancia de estudiar la manifestación —como expresión de la política de la confrontación— en tanto que acontecimiento singular en donde puede analizarse la complejidad de los viejos y nuevos repertorios empleados por los viejos y nuevos actores en los viejos y nuevos espacios de la vida social. El análisis de la manifestación contra la guerra de Irak del 15 de febrero de 2003 en Madrid es tomado como estudio de caso para este propósito.

PALABRAS CLAVE: ciudadanía, participación, espacio, protesta.

ABSTRACT

The current debate on the transformations that affect citizenship in contemporary societies seems to pay little attention to the changes that are taking place in those spaces —geographical and virtual- in which citizen practices develop. Nevertheless, the spatial dimension outstands in the discussion on the characteristics and effects of globalization.

From this starting point, this paper aims to stress the relevance of studying the demonstration —understood as an expression of the politics of contention-, as a singular event in which the complexity of the old and new repertoires employed by old and new actors, in old and new spaces should be analyzed. For this purpose, the demonstration against the war that took place in Madrid on February the 15th, 2003, is chosen as a case study.

KEY WORDS: citizenship, participation, spaces, protest.

LA DIMENSIÓN ESPACIAL EN EL ANÁLISIS DE LA CIUDADANÍA

Una de las críticas que, en las dos últimas décadas, se ha realizado al modelo clásico de ciudadanía se centra en el concepto de espacio que subyace a su argumentación. Las reflexiones apuntan a un doble problema. Por un lado, a que el Estado-nación aparece como la unidad de análisis por excelencia, tanto en el estudio de las luchas por la ciudadanía como en el de la ampliación de los derechos ciudadanos. Se establece, así, una vinculación casi indisoluble entre el desarrollo histórico del Estado y el de construcción de la ciudadanía. En segundo lugar, se advierte que Marshall (1998) y sus seguidores recuperan toda la antigua tradición de reflexión de la ciudadanía cuando afirman el carácter urbano de la misma. La ciudad se convierte, pues, en el marco en el que se explican las prácticas de ciudadanía y donde se originan las virtudes cívicas. Aparece como sinónimo de vida civilizada, el único sitio desde el que cabe pensar en el pleno desarrollo de las capacidades cívicas. Los trabajos de M.Somers (1994, 1995 y 1999), B.Turner (1992, 2000) y J.Smith (1998) son ejemplos significativos de propuestas alternativas a estos marcos espaciales.

Paralelamente, este cuestionamiento se ha producido también en el seno del debate sobre la naturaleza de la globalización. En todas sus distintas versiones, existe un punto de acuerdo básico: la existencia de una transformación sustantiva en la naturaleza y calidad de los espacios de la vida social. Cualquiera que sea el carácter de estos cambios, se admite que deben tener necesariamente un impacto profundo en algunas de las dimensiones básicas de la ciudadanía. La relevancia de la dimensión espacial es patente en la definición que propone Held de la globalización:

«...un proceso (o un conjunto de procesos) que entraña una transformación en la organización espacial de las relaciones y de las transacciones sociales —evaluado en términos de su extensión, intensidad, velocidad e impacto— y que genera flujos y redes transcontinentales o interregionales de actividad,

interacciones y ejercicio de poder». (Held et al, 1999:16).

En todo caso, sorprende que la consideración del problema del espacio en el análisis sociopolítico contemporáneo —y, más en concreto, en el de la ciudadanía— haya sido tan escasa; sólo muy pocos autores, y en contadas ocasiones, van más allá de alguna referencia poco explícita. Se pueden aventurar algunas probables causas para dar cuenta de esta ausencia. En primer lugar, el desarrollo de la Geografía Política y de la Sociología Urbana en la segunda mitad del siglo XX tuvo muy escasos puntos de contacto con los paradigmas y temas centrales de la Sociología Política¹. Por otro lado, las líneas de investigación más influyentes dentro de esta última disciplina han visto siempre con recelo lo que entienden como un cierto determinismo geográfico de algunas propuestas de la Teoría Sociológica clásica, por lo que han tratado de mantenerse a una prudente distancia. Por último, y más recientemente, algunos autores (Procacci, 1999) han advertido de los peligros de despolitizar los estudios de ciudadanía que provoca convertir problemas de naturaleza política, vinculados con la desigualdad social, en cuestiones meramente urbanas.

En consecuencia, hay que reconocer que es ante todo en el seno del actual debate sobre la globalización en donde adquiere una nueva relevancia la consideración del espacio en el análisis socio-político; unos nuevos espacios —ya no necesariamente físicos, geográficos— para la vida social. En cierto modo, y en contra de la opinión de Giddens (1997), cabría atreverse a afirmar que en la era de la globalización el espacio adquiere más relevancia que el tiempo en el análisis socio-político.

Se trata de una idea que también formula Z.Bauman, aunque con distintos matices. Para él, el último cuarto del siglo XX puede ser definido como el momento de la gran guerra contra el espacio. Es entonces cuando, *«...los centros de decisión y los cálculos que fundamentan sus decisiones [las de los individuos] se liberaron consecuentemente e inexorablemente de las limitaciones territoriales, las impuestas por la localidad»* (Bauman, 1999:15). Por ello, si bien fue

¹ Una excepción a esta falta de comunicación se encuentra en ciertas investigaciones de Sociología Urbana, vinculadas con el marxismo estructural, realizadas en los años setenta. En concreto, me refiero a los trabajos de H. Lefebvre (1974, 1976) y D. Harvey (1977), y a los de M.Castells (1974) de esta misma época.

prematureo hablar del fin de la Historia, como propuso en su momento F. Fukuyama, no está tan claro que no debamos proclamar el fin de la Geografía. Entramos en una era en la que las distancias ya no importan, y en la que la idea de límites geográficos es cada vez más difícil de mantener. Todo este conjunto de transformaciones supone, para el autor, una desterritorialización del poder y, al tiempo, una nueva estructuración muy estricta del espacio.

Todos estos cambios parecen concretarse en un doble movimiento aparentemente contradictorio: la territorialización y desterritorialización simultáneas de distintos aspectos de la vida social, económica y cultural en las sociedades contemporáneas (Held, 1999, 2002). Éstos llevan hasta sus últimas consecuencias aquel fenómeno que ya se encontraba en germen en la propia modernidad: el que Giddens denomina «desanclaje» de las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción.

Los efectos de este conjunto de transformaciones son innegables. La desaparición de los espacios públicos —enfaticada por la arquitectura de la globalización en las grandes ciudades— implica el desvanecimiento de aquellos lugares de encuentros donde se creaban normas y donde éstas se aplicaban de manera horizontal². Se constituyen, entonces, territorios en los que las oportunidades para debatir normas, confrontar valores y negociar las bases comunes de los comportamientos son escasos. Planteado en los términos que me interesan en este trabajo, ello implica la desaparición de muchos de los espacios tradicionales para las prácticas ciudadanas. Todo este conjunto de transformaciones de los espacios comunes para la vida cotidiana acarrea, asimismo, el «declive del hombre público» (Sennet, 1978), que es provocado por la reducción lenta e inexorable del espacio público urbano, y que provoca, a su vez, el retiro incontestable de los residentes de la ciudad.

El sesgo de la mayor parte de los diagnósticos sobre la influencia de la globalización en la transformación de los espacios de la vida social y política es indudablemente pesimista. No obstante, creo que es necesario matizarlos ya que tres campos de reflexión adicionales abren nuevas líneas para la reflexión y la investigación

empírica. La primera de ellas es la potencialidad de los nuevos espacios creados por la globalización para generar nuevos actores, demandas y repertorios de ciudadanía. En esta línea, cabe destacar el considerable volumen de trabajo empírico que, en los últimos años, se ha realizado sobre los «nuevos movimientos sociales de la globalización» (Farro, 2002; Castells, 1999, 2001; Robles, 2002; Pont-Vidal, 2004; Tejerina, 2002).

Íntimamente relacionadas con esta línea de investigación, se encuentran las propuestas sobre las nuevas formas de ciudadanía activa «globales», que facilitan las nuevas tecnologías de la información y comunicación. Tanto la mayor valoración de la política local como ámbito en el que desarrollar nuevas prácticas de ciudadanía, como el discurso —y las experiencias— sobre distintas formas de «democracia virtual» (Poster, 1997) son dos campos que sugieren nuevas posibilidades para reconsiderar la ciudadanía activa.

Un segundo tema es la consideración de los viejos y nuevos «lugares» entendidos como espacios para la resistencia. Hace ya mucho tiempo que el análisis socio-político se deshizo del excesivo peso impuesto por la perspectiva conductista, que sólo le permitía considerar lo visible, lo aparente, lo patente, lo manifiesto. Así, se hizo necesario tomar en cuenta aquellos lugares aparentemente «no políticos» que escapan a la dominación, que no son visibles ni desde el Panóptico de Foucault y ni siquiera desde el Sinóptico de Bauman. Es ahí donde se desarrollan las prácticas de resistencia, y donde se construyen y transmiten las narraciones de nuevas formas de inclusión en la ciudadanía y de desarrollo de prácticas cívicas: unos relatos sobre los «nuevos mundos posibles». En estos espacios se teje, se comunica y se transforma incesantemente lo que J. Scott (1990) denomina el «manuscrito oculto» de las prácticas de resistencia.

Por último, están también las aportaciones de algunos trabajos sobre el espacio como factor relevante en el análisis de la política de la protesta. Ciertamente, una vez más, no se trata de un tema central en ninguna de las corrientes más difundidas del pensamiento sociológico de las

² Bauman (1999) pone como ejemplo la urbanización de Brasilia diseñada por Oscar Niemeyer quien trató de construir un espacio a medida de todo lo mensurable en el hombre, que desterrara el accidente y la sorpresa. El plan general eliminaba los encuentros casuales en todos los lugares con el fin de convertirlos en espacios perfectamente transparentes para los encargados de su administración.

últimas décadas. No obstante, un texto reciente de C. Tilly (2000) rompe con este relativo silencio y aborda directamente la cuestión de los espacios de la confrontación³, defendiendo su preeminencia y trazando un programa de trabajo para futuras investigaciones. Aunque el tema del artículo es el papel de los espacios en la represión policial de la confrontación, su autor defiende abiertamente la relevancia de abordar las dimensiones espaciales en el estudio de la protesta, argumentando que es la única vía para incorporar el papel de la geografía simbólica en las luchas populares. Al tiempo, trata de explicar las causas del aparente olvido de esta dimensión en este campo de estudio.

«...el análisis efectivo de los procesos espaciales requiere conocer la implantación de la cultura en espacios y tiempos concretos. Las prácticas, representaciones y relaciones sociales están enraizadas en modelos espaciales que constriñen la consiguiente interacción social, incluyendo aquella interacción que denominamos la política de la confrontación». (Tilly, 2000:137)

Los cuatro argumentos que aporta el autor resumen de forma clara y concisa la relevancia de considerar el binomio espacio-ciudadanía. Por ello, creo conveniente transcribirlos casi al pie de la letra (Tilly, 2000):

1. El enfrentamiento político siempre tiene lugar en un espacio ocupado por el ser humano, y con mucha frecuencia en un entorno construido. Así, las configuraciones espaciales proporcionan tanto oportunidades como limitaciones para los participantes en la expresión pública de demandas.
2. Las distribuciones espaciales cotidianas y las proximidades y rutinas de los participantes potenciales en los conflictos afectan de modo significativo a sus modelos de movilización.
3. Los gobiernos siempre organizan —al menos parcialmente— su poder en torno a lugares y rutinas espaciales. La política de la confrontación con frecuencia reta o rompe la actividad gubernamental, incitando la intervención del gobierno.
4. La vida política cotidiana —los desfiles, los parlamentos, las ceremonias públicas...— implica diferentes lugares y rutinas

espaciales con significado simbólico, que están a disposición de los participantes en la política de la trasgresión para ser adoptadas, parodiadas o transformadas.

5. Por último, el propio enfrentamiento que se produce en la política de la confrontación transforma el significado político de los lugares concretos y de las rutinas espaciales.

A partir de aquí, Tilly enumera una serie de temas centrales para mi argumento: el estudio de la manifestación como «práctica de ciudadanía espacializada». Destacaré sólo cuatro especialmente significativos: las dimensiones simbólicas de la ocupación de los espacios; la construcción y uso de espacios seguros por los participantes en la política de la confrontación; la espacialización de la expresión de algunas demandas a través de la elección de los itinerarios y, finalmente, el control de los espacios como uno de los puntos clave de este tipo de política.

¿POR QUÉ LA MANIFESTACIÓN COMO ESTUDIO DE CASO?

La manifestación (en la calle) es uno de los repertorios clásicos de la expresión de las demandas, de la confrontación y de la protesta; y, además, es uno de los más difundidos. Por otro lado, es un fenómeno claramente contemporáneo, que ocupa un lugar destacado en la historia de las luchas por la inclusión dentro de la ciudadanía (Tilly 1994, 2000, 2002). Al mismo tiempo, en tanto que acontecimiento, es mucho más que una acción con un carácter meramente instrumental. La rutinización, extensión, continuidad y legitimidad de las manifestaciones las convierten en una práctica ciudadana muy relevante.

Pero, a pesar de su incuestionable difusión y legitimidad como repertorio de la confrontación, las manifestaciones han estado —y siguen estando— «bajo sospecha». Debido a su propia naturaleza, no pueden librarse de una notable carga de ambivalencia; son acontecimientos imprevisibles en los que se corre el riesgo de un estallido violento y, además, siempre parecen estar en los márgenes de los canales establecidos

³ «Spaces of contention» en el original.

para la vida democrática. En buena medida, la manifestación se convoca cuando los mecanismos establecidos para la resolución de conflictos han fracasado; cuando se han roto las negociaciones⁴. Todo este conjunto de cuestiones —planteadas ciertamente de un modo demasiado apresurado— ayuda a explicar por qué, al tiempo que desde las Ciencias Sociales se hace inevitable reconocer el interés de su estudio, persisten las dificultades para incorporar este repertorio de la protesta dentro de la teoría normativa de la democracia.

No obstante, hay que admitir que la protesta en general —y la manifestación en particular— constituye uno de los elementos centrales de la vida de los sistemas democráticos. Las manifestaciones son, al tiempo, una respuesta colectiva ante situaciones de crisis, y una consecuencia de la crisis de los canales tradicionales de la participación política (Fillieule, 1997a). Sin olvidar que son prácticamente la única forma al alcance de los grupos excluidos de la comunidad política para expresar sus demandas de reconocimiento, para «hacerse visibles». Paralelamente, tampoco debe pasarse por alto que, en la evolución del conflicto político, la manifestación ha jugado como un mecanismo de «eufemismo» (Champagne, 1990). Al menos en los sistemas democráticos del mundo «desarrollado», el nivel de violencia de la vida política ha ido disminuyendo considerablemente a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. En buena medida, el enfrentamiento físico, real entre los contendientes políticos se ha ido sustituyendo por la extensión del diálogo y la negociación. Pero también ha sido reemplazado por una representación «eufemística», en la que el enfrentamiento se plantea de un modo simbólico. Y, debido al peso de su dimensión simbólica y dramática, la manifestación se presta extraordinariamente bien a cumplir este papel.

Es esta misma complejidad y aparente contradicción la que explica que hablar de ella remita irremediamente a tomar en cuenta la naturaleza y las transformaciones de la acción colectiva en las sociedades contemporáneas. Y ello, a su vez, supone pensar en la incorporación de

nuevos actores y demandas dentro de la esfera pública; una cuestión que se asocia con la crisis del modelo tradicional de la ciudadanía. Más aún, la persistencia de la manifestación considerada como repertorio —es decir, como la forma que adopta una determinada acción colectiva para hacerse visible— suscita también la duda de si, bajo esa aparente perseverancia, no se están produciendo cambios muy significativos que bien pudieran dar lugar a hablar de «nuevas» manifestaciones para las «nuevas formas de participación ciudadana». Finalmente, el estudio de la manifestación no puede obviar el problema del impacto de esta forma de reivindicación en la política institucionalizada; en concreto, en situaciones de crisis o de fuertes conflictos políticos.

Además de todas estas cuestiones, el estudio de la manifestación suscita reflexiones interesantes de naturaleza metodológica. El problema de cómo abordar su análisis y de cómo hacer una Sociología de las manifestaciones, entendidas como acontecimientos estrictamente definidos en el tiempo y en el espacio, todavía no ha sido bien resuelto. Más allá del relato etnográfico o de la encuesta de opinión (que únicamente puede aportar información sobre la predisposición a la participación o el recuerdo de haber asistido en el pasado a alguna de ellas) encontramos una «extraña laguna» (Favre et al, 1997) en este terreno, que sólo ha comenzado a superarse en algunas investigaciones recientes.

Pero son otros argumentos adicionales los que justifican que su estudio permita profundizar en el binomio espacios-prácticas de ciudadanía. La manifestación se encuentra indisolublemente ligada a los espacios tradicionales de la vida socio-política, a aquellos que sirvieron de fundamento para la narración clásica de la ciudadanía⁵. Y, más en concreto, no puede entenderse sin el telón de fondo de la gran ciudad europea de fines del XIX y comienzos del XX, con sus grandes avenidas en los ensanches, con la constitución del centro histórico como «lugar de la memoria colectiva» y con unos transportes públicos que hicieron posible el desplazamiento de sus habitantes. Es, pues, un fenómeno esen-

⁴ Esta es la tesis de Tilly (2003), quien asocia la aparición de las manifestaciones con la «ruptura de las negociaciones»; es decir, con aquellas situaciones en las que las relaciones entre los grupos que formulan demandas y quienes han de darles respuesta se salen de los cauces institucionalizados y producen distintos tipos de enfrentamientos.

⁵ Para un desarrollo más sistemático de los espacios implícitos bajo la narración clásica de la ciudadanía, puede consultarse Morán (2003).

cialmente urbano. No hay manifestaciones en el campo, ni tampoco en lugares poco visibles de la ciudad; a ellos les corresponden otras formas distintas de expresión de la protesta.

Manifestarse significa esencialmente «salir a la calle»⁶, ocupar un espacio público que sea visible para el mayor número de personas posible, y desfilar por él. La idea de movimiento, de desplazamiento, es consustancial a la manifestación; y a ser posible debe hacerse por el espacio por excelencia: la calzada, y no tanto las aceras. Los lugares concretos en donde se desarrollan las manifestaciones tienen también una gran importancia. Deben gozar de una gran visibilidad y, además, estar cargados con un fuerte contenido simbólico. De ahí la preferencia por «invadir» ciertas calles o plazas del centro histórico, así como por trasladar la celebración de muchas manifestaciones desde los puntos en donde se producen los conflictos a ciudades importantes, preferiblemente aquellas en las que se concentra el poder político: las capitales de los Estados o de las provincias. La manifestación exige la congregación de un cierto número de personas —cuantas más mejor— en lugares socialmente significativos que permitan, además, el desplazamiento de los manifestantes. La elección del lugar en el que se llevará a cabo es, pues, una cuestión muy relevante para los organizadores, de la que depende en buena medida su éxito; por otro lado, la naturaleza de la manifestación condiciona también la selección del lugar en el que se convoca⁷.

Congregarse, mostrarse juntos, ser protagonistas y participantes «en primera persona» son dimensiones constitutivas de la manifestación. De ahí que participar en una de ellas sea una experiencia ciudadana única con una evidente función de aprendizaje. La importancia de «hacerse visible» explica que sea una de las prácticas de ciudadanía preferidas para aquellos grupos que luchan por su reconocimiento e inclusión dentro de la comunidad de ciudadanos. Pero es también el repertorio más habitual en el caso de las protestas por cuestiones muy

alejadas de la vida cotidiana de los ciudadanos, o que carecen de un referente territorial claro. Por ello, los movimientos de solidaridad con causas internacionales (guerras, hambrunas, genocidios..) o el denominado movimiento anti-globalización hacen de ella la forma más habitual —y exitosa— de sus protestas.

En definitiva, se trata de un acontecimiento en el que se expone de un modo claro la enorme complejidad de los procesos de transformación de los marcos espaciales de las prácticas ciudadanas a los que me he referido con anterioridad. En concreto, hay tres cuestiones que vuelven a un primer plano en el momento en que se analizan las manifestaciones. En primer lugar, el problema de la complejidad de las relaciones que se establecen entre los nuevos y viejos espacios de la ciudadanía. En este caso, la manifestación es un ejemplo claro del modo en que un repertorio tradicional sigue empleando un espacio clásico —la calle— pero es capaz de dotarlo de nuevos usos y significados. Y, al mismo tiempo, continúa siendo también un viejo repertorio empleado por viejos actores en sus viejas y nuevas reivindicaciones. En segundo lugar, en el propio acto de manifestarse salen a la luz las relaciones paradójicas entre las lógicas de los lugares y las de los flujos (Castells, 1997,2001). Porque, si bien la manifestación como acontecimiento —una vez que se pone en marcha la cabeza del cortejo— parece seguir firmemente anclada en la lógica de los lugares físicos, en el momento en que se consideran otros aspectos tan significativos como son su organización, la dimensión de espectáculo que conlleva o las repercusiones de la protesta se hace inevitable acudir a la lógica de los flujos para explicar cualquiera de ellos. Por último, y como consecuencia de los dos puntos anteriores, el estudio de las manifestaciones aporta información relevante que permite cuestionar las limitaciones e imprecisiones de aquellas tesis que plantean, de un modo radical, el «desanclaje» (Giddens, 1997) de la vida política y social de los lugares tradicionales de la protesta en la era de la globalización.

⁶ En francés se utiliza el término «descendre dans la rue» (bajar a la calle) como sinónimo de manifestarse. Además, la Sociología francesa, una de las que ha estudiado más a fondo este fenómeno, diferencia entre manifestación y manifestación en la calle («manifestation dans la rue»).

⁷ En todas las ciudades hay recorridos vetados para algún tipo de manifestaciones e idóneos para otras. Piénsese, por ejemplo, en el fuerte significado simbólico de organizar una manifestación en la Plaza de Oriente de Madrid. Otro ejemplo de la relevancia de lograr una gran visibilidad es el rechazo que provocó, hace ya algunos años, la estrambótica propuesta de Álvarez del Manzano, entonces alcalde de Madrid, de construir un «manifestódromo» en las afueras para no perturbar así la vida de la ciudad.

El estudio de una manifestación como la que tuvo lugar en Madrid el 15 de febrero de 2003 permite avanzar en esta línea de trabajo, mostrando cómo tienen lugar fenómenos complejos de resistencias y reapropiaciones en el uso de los viejos espacios por nuevos y viejos actores. Así, la protesta —aunque se presente como la realización de una nueva «esfera pública global»— sigue necesitando encarnarse en los tradicionales espacios urbanos y continúa también recurriendo a este repertorio ampliamente conocido y empleado por amplios sectores de la población. Ella se convierte, pues, en un espacio y un tiempo privilegiados para las prácticas de ciudadanía y, por lo tanto, en una experiencia significativa de aprendizaje de la misma. Desde esta perspectiva, como se tendrá ocasión de comprobar en las páginas siguientes, los elementos expresivos de la manifestación tienen quizá más peso que los estrictamente instrumentales.

Mi objeto de análisis es limitado, una única manifestación, y también las fuentes con las que he trabajado, la prensa escrita y las páginas web de las organizaciones implicadas en la protesta⁸. Además, a lo largo de las próximas páginas, me limitaré exclusivamente al estudio del acontecimiento. Soy consciente de que se trata de un objetivo muy reducido, que forma parte de una investigación en curso. En rigor, una «Sociología del acontecimiento» implicaría, al menos, abordar una serie de cuestiones que permitieran enmarcar esta manifestación particular. Planteados de forma muy resumida, los principales elementos de este marco serían los siguientes:

— Situar el acontecimiento concreto dentro de un análisis más general de las transformaciones de la acción colectiva en España que destaque cómo, también en nuestro

país, esta forma de expresión de la protesta no sólo goza de una alta legitimidad, sino que parece haberse normalizado y «rutinizado» desde el inicio de la transición⁹. Más concretamente, no puede captarse el verdadero significado de la manifestación del 15 de febrero de 2003 sin ubicarla dentro de la ola de movilización social que se produjo desde el inicio de la segunda legislatura del Partido Popular en el año 2000.

— Tomar en consideración la batalla mediática en torno a la intervención militar en Irak así como la creación de una opinión pública internacional contraria a la guerra, que fue desarrollándose en los meses anteriores. La polémica —en la que participaron, además de periodistas y políticos, destacados intelectuales a lo largo y ancho del mundo— fue ampliamente difundida por los medios de comunicación y se desarrolló en paralelo a las distintas fases de la escalada del conflicto. Por lo que respecta a las movilizaciones contra la guerra, el punto más relevante es el debate que se produjo sobre los riesgos de destrucción de los frágiles equilibrios sobre los que se había asentado el orden mundial nacido de la posguerra europea. Y, más en concreto, la discusión sobre si los cambios que se venían produciendo a partir de las reacciones que provocaron los atentados del 11S podían dar lugar a un retroceso de los principales derechos y libertades asociados a la vida de las sociedades democráticas.

— Reconstruir el proceso de organización de esta movilización internacional, cuyo desarrollo tuvo muchas similitudes con otras iniciativas de los movimientos críticos de

⁸ El peso de la prensa escrita en mi análisis de esta manifestación no se debe razones meramente pragmáticas. De hecho, y a diferencia de otros acontecimientos en donde otros medios de comunicación fueron más significativos, la prensa escrita —tanto en su formato convencional como en las ediciones electrónicas— jugó el papel más relevante en la preparación y difusión del movimiento de protesta. En los meses previos, la prensa se convirtió en transmisora de las distintas voces que conformaron el debate sobre la guerra y sus consecuencias. En los días anteriores al 15 de febrero, los diarios recogieron de forma sistemática y muy detallada los preparativos de las manifestaciones.

En concreto, he trabajado con tres diarios nacionales, El País, El Mundo y ABC —en sus ediciones impresas y electrónicas— durante el período comprendido entre el 5 y el 20 de febrero de 2003. También he empleado algunas de las páginas web que se convirtieron durante aquellos días en referentes importantes para la difusión de la convocatoria (nodo50.org; atac.es; opendemocracy.com...) y con resúmenes de prensa internacional que aparecieron en estas mismas páginas.

⁹ A pesar de que la Sociología de las movilizaciones en España se ha desarrollado con fuerza durante los últimos años (Tejerina, 2002; Ibarra y Tejerina, 1998; Alonso, 1993, 1994; Laraña, 1994, 1999; Pont, 2004; Farico, 2002; Robles, 2002; Grau, 2004), los trabajos de R. Adell (1994, 1996) siguen siendo prácticamente la única referencia para el estudio de las manifestaciones.

la globalización pero que pareció sobrepasarlas, tanto en lo que se refiere a su alcance como a la propia complejidad de la convocatoria y de su organización¹⁰.

- Analizar las consecuencias de la movilización en la evolución y resolución final de lo que muchos analistas consideraron en ese momento como una grave crisis política. En el caso español, además, se trataba de una doble crisis de carácter nacional e internacional. Sin embargo, en este punto, coincidió plenamente con la opinión de P.Favre (1990), quien subraya el riesgo de sobredimensionar la influencia de las manifestaciones en el desenlace de las crisis políticas.

En defensa de las evidentes limitaciones del estudio, afirmaré que mi único objetivo es tratar de reconstruir algo parecido a un relato etnográfico —«a posteriori» y empleando fuentes de prensa— en el que introduzco simplemente algunos elementos adicionales que conforman un telón de fondo parcial en el que algunos de los elementos del acontecimiento adquieren sentido. Confío en que este ejercicio me permitirá, en el mejor de los casos, avanzar en el análisis de la vinculación entre nuevos y viejos espacios en las viejas y nuevas prácticas de ciudadanía llevadas a cabo por viejos y nuevos actores.

EL ACONTECIMIENTO: LA MANIFESTACIÓN DEL 15 DE FEBRERO DE 2003 EN MADRID

En la tarde del sábado 15 de febrero de 2003, en medio de un intenso frío, una inmensa multitud de madrileños —entre 660.000 y dos millones, según las fuentes— se encaminó desde todos los rincones de la Comunidad de Madrid hacia el lugar de concentración de una manifestación contra la guerra de Irak. El itinerario acordado partía del Paseo del Prado —frente al Museo del mismo nombre— y discurría por la Plaza de Cibeles y la Calle de Alcalá, para finalizar en la Puerta del Sol. Allí se había dispuesto un escenario en donde tres personajes famosos del mundo del cine habían sido elegidos para leer

un manifiesto contra una guerra que todavía no se había iniciado, pero que parecía inminente.

La convocatoria de Madrid formaba parte de una movilización global, impulsada desde hacía varios meses por organizaciones y movimientos de muy diversa naturaleza a lo largo y ancho del mundo. Desde el mes de septiembre de 2002 se habían ido sucediendo, dentro y fuera de España, distintas acciones destinadas a expresar el rechazo de la opinión pública mundial a la invasión de Irak. El día 15 de febrero había sido escogido como una jornada de confluencia de todo este movimiento, que debía hacerse visible por medio de la celebración de concentraciones y manifestaciones en todas las grandes ciudades del mundo. Una única convocatoria «global» bajo un único lema: «No a la guerra. Paremos la guerra».

En España habían sido convocadas manifestaciones, aproximadamente a la misma hora (entre las cinco y las seis de la tarde), al menos en cincuenta y siete ciudades. Un total de cuarenta y tres asociaciones firmaban la convocatoria. La manifestación de Madrid no fue la más numerosa, siendo superada en número de participantes por la de Barcelona a la que acudió un millón y medio de personas según las fuentes del Ayuntamiento. Pero, sin duda, fue la que tuvo un mayor impacto en la prensa nacional, que siguió mostrando en este tema su indudable sesgo centralista.

A lo largo de más de dos horas y media los madrileños trataron, inútilmente, de alcanzar el lugar de la concentración y de desfilar por el itinerario previsto. Los transportes públicos se colapsaron, los teléfonos móviles dejaron de funcionar y todas las calles adyacentes fueron invadidas por ciudadanos que resistieron paciente, e incluso festivamente, las inclemencias del clima, la práctica inmovilidad y las apreturas de la multitud.

Las tres cabeceras de la manifestación se vieron también atrapadas en el «atasco». Sólo un grupo de artistas fue llevado casi en volandas por los servicios de orden, a través de las calles adyacentes, hasta la Puerta del Sol. Allí, algo antes de lo previsto, se procedió a la lectura del manifiesto. Después, la manifestación comenzó a disolverse lentamente. Durante toda esa tarde

¹⁰ Un buen intento de reconstruir la organización de la movilización internacional se encuentra en el artículo de Glenn Frankel, «Organizers of antiwar movement plan to go beyond protests», *The Washington Post*, 3 de marzo de 2003.

no se produjo ningún incidente en Madrid relacionado con la manifestación.

Los medios de comunicación difundieron extensamente, esa misma noche y en los días posteriores, la crónica de la manifestación de Madrid, situándola dentro del contexto de la movilización en España y de la internacional. Al mismo tiempo, periodistas, intelectuales y políticos proporcionaron interpretaciones diversas del acontecimiento.

El martes 18 de febrero tuvo lugar en el Congreso de los Diputados el debate sobre la guerra. La referencia a las manifestaciones fue inevitable, tanto por parte del presidente del gobierno como de los líderes de los partidos de la oposición. De todos modos, José María Aznar no cambió un ápice su posición de apoyo sin matices a la política internacional de George Bush. Un mes más tarde, el 19 de marzo, se iniciaba la ocupación de Irak. Y dos meses después, tras haberse producido también el envío de tropas españolas a este país como parte de la coalición internacional, los resultados de las elecciones municipales y autonómicas del 25 de mayo de 2003 no reflejaron el castigo electoral al PP que algunos analistas habían pronosticado.

LA MANIFESTACIÓN UNOS DÍAS ANTES

Desde comienzos del mes de febrero de 2003, la prensa española hizo frecuentes referencias a la convocatoria de una manifestación «global» el día 15 de febrero, al referirse a las acciones de protesta y movilización contra la guerra. Al mismo tiempo, la manifestación también apareció en el debate sobre la legitimidad de una intervención armada en Irak, en el que participaron los columnistas habituales de los periódicos y también una parte significativa de los artículos de opinión. En este caso, los temas que generaron polémica fueron la conveniencia de este tipo de acción y el puesto de las manifestaciones en la crisis provocada por el anuncio de la guerra, que algunos entendían como una

muestra más del deterioro de la vida parlamentaria y como prueba de la falta de atención del gobierno a las demandas de la opinión pública¹¹.

Durante estos mismos días fueron frecuentes las noticias y entrevistas con una gran variedad de personajes de la vida cultural, económica, política y social española quienes mencionaron, directa o indirectamente, su valoración y predisposición a participar en las manifestaciones. Una de las cuestiones que suscitaron un cierto debate fue si deberían acudir a ellas los representantes de las instituciones estatales o autonómicas; por ejemplo, los presidentes de las Comunidades Autónomas o los Presidentes de los Parlamentos Autonómicos. Salvo en el caso de Jordi Pujol —quien expresó su acuerdo personal con la movilización, pero su convicción de que, en tanto que Presidente de la Generalitat, no debía acudir a la manifestación (aunque sí lo hicieron destacados líderes de su coalición)— los Presidentes Autonómicos de partidos distintos al PP expresaron durante estos días su voluntad de acudir a las mismas¹².

El diario *El Mundo*, por ejemplo, incluyó desde el 11 de febrero hasta el mismo día de la manifestación una sección fija con el título «¿Por qué hay que manifestarse el 15F?». En ella, se publicaron diariamente las opiniones de cinco personajes «populares». Para dar cuenta de la diversidad de los entrevistados, basta con mencionar que, entre ellos, estuvieron el baloncestista Pau Gasol, Julio Anguita (ex coordinador de IU), Rafael Puyol (entonces Rector de la UCM), el arzobispo de Sevilla, el entrenador de fútbol Radomir Antic y el torero Luis Francisco Esplá. Aunque en sus respuestas muchos de ellos evitaron aludir directamente a su posible participación en la manifestación, no se publicó ninguna opinión en contra de la movilización popular.

Los tres diarios analizados informaron de forma detallada de la convocatoria a partir del 12 de febrero. Un día antes, habían dado cuenta del acuerdo alcanzado entre la organización convocante —el Foro Social de Madrid— y la

¹¹ En concreto, el editorial de *El Mundo* del 7/2/2003 afirmaba que las movilizaciones previstas eran la consecuencia de la sordina impuesta por el gobierno a la crisis. Esta misma tesis fue defendida por Carmen Rigalt (*El Mundo* 9/2/2003), en su artículo «Palabras de acero contra la guerra».

¹² La prensa sólo dio cuenta de la decisión del Presidente del Parlamento Andalúz quien también adujo que, en razón del cargo que ostentaba, consideraba improcedente acudir a la manifestación, aunque estaba plenamente de acuerdo con la misma. *El País* del 15/2 publicaba una noticia con el titular «Los cargos institucionales acuden a las marchas como «socialistas» y «ciudadanos», en la que informaba de la participación en la manifestación de los seis presidentes de Comunidades Autónomas gobernadas por el PSOE.

Delegación del Gobierno de la capital sobre el recorrido y duración de la manifestación. En días anteriores (ABC, 7/2) se había informado de la existencia de una disconformidad entre la propuesta de recorrido de los organizadores (Estación de Atocha-Puerta del Sol) y la del delegado del gobierno en Madrid, J. Ansuátegui, (Cibeles-Sol). El PSOE llegó a recurrir dicha decisión ante el Tribunal Superior de Justicia de Madrid, pero ésta fue desestimada después de haberse alcanzado un acuerdo. Finalmente, ante el incremento de asistentes previsto por los organizadores, se dispuso que la manifestación partiría del Paseo del Prado (frente al Museo, en la zona de las Cuatro Fuentes) y finalizaría en la Puerta del Sol, en donde se leería un manifiesto. El Ayuntamiento preveía cortar el tráfico de la calle de Alcalá sólo en dirección descendente (Sol-Cibeles) para evitar un colapso circulatorio en el centro de la ciudad. El tiempo pactado para la duración de la manifestación era de 4 horas: de 18 a 22 horas.

En su edición del 11 de septiembre, El País destacaba que la *«presencia de los máximos dirigentes de los sindicatos y partidos de la oposición —CCOO, UGT, PSOE e IU— dará solemnidad a la convocatoria de la marcha contra la guerra del día 15 con una presentación conjunta del manifiesto»*. Dicha presentación tendría lugar en la sede de la UGT de Madrid. El día 12, cuarenta y tres organizaciones llamaron a todos los ciudadanos a manifestarse el 15 de febrero en todas las ciudades españolas, tras haber llegado a un consenso en la redacción del manifiesto. La mesa que presentó el manifiesto estaba compuesta por Llamazares (IU), Rodríguez Zapatero (PSOE), Fidalgo (CCOO), Méndez (UGT), el Presidente del «Consejo de la Juventud de España», un representante de las ONGs para el desarrollo, un representante de la «Coordinadora de organizaciones feministas contra la violencia de género» y un representante de la «Comisión española de ayuda a los refugiados». Los titulares de los tres periódicos optaron por presentar versiones bastante distintas del acontecimiento: *«La izquierda se agrupa contra la guerra»* (El Mundo), *«Los convocantes de la concentración subrayan que no es partidista»* (ABC), *«Los convocantes de la manifestación del 15F exigen que se desarme a Sadam 'sin guerra'»* (El País).

Los tres diarios destacaron también las declaraciones de los líderes políticos que participaron en el acto en torno a la responsabilidad cívica y moral de los ciudadanos para movilizarse. Los dos argumentos empleados fueron, una vez más, que se trataba de una guerra únicamente motivada por los intereses económicos de las potencias y el alejamiento de Aznar de la opinión pública.

Sin duda fue el ABC quien proporcionó una información más completa y ordenada de otros aspectos concretos de la convocatoria. En aquellos momentos, estaban previstas manifestaciones en cincuenta y siete ciudades españolas. En el caso de la manifestación de Madrid se había acordado que se establecieran tres cabeceras con sus respectivas pancartas. La primera de ellas reuniría a miembros de la Plataforma de la Cultura contra la Guerra, los verdaderos catalizadores de la protesta. En segunda línea, irían las ONGs agrupadas en el Foro de Madrid, debido al protagonismo de la sociedad civil en la movilización. Por último, la tercera cabecera estaría formada por líderes de los partidos políticos y de los sindicatos. El manifiesto sería leído al final de la manifestación, en la Puerta del Sol, por el cineasta Pedro Almodóvar. Al mismo tiempo, los organizadores animaban a los ciudadanos a participar en la actividad denominada «balcones por la paz»; es decir, a colgar sábanas blancas en los balcones como expresión del rechazo a la guerra. La prensa incluyó, asimismo, unas breves referencias al texto del manifiesto consensuado, titulado «No a la guerra», destacando el apoyo al pueblo iraquí y el rechazo a la política del gobierno de Bush, que no debía confundirse con un antiamericanismo. También se insistió en el énfasis que pusieron los oradores en recalcar que, a esas alturas, *«parar la guerra todavía es posible»*.

A partir del día 12, los diarios fueron aumentando el número de noticias dedicadas a la manifestación, así como los artículos de opinión sobre el tema. Por lo que se refiere a estos últimos, sólo el ABC se limitó a las crónicas sobre aspectos concretos de la convocatoria y, hasta después de la manifestación, no publicó artículos de opinión sobre la misma.

Con diferentes énfasis, la prensa incluyó los siguientes temas:

- Las estimaciones de asistencia de los organizadores. El 13 de febrero el ABC indicó que los organizadores, en el caso de Madrid, habían aumentado sus cálculos de

los 10.000 asistentes previstos inicialmente a más de 100.000.

- Las negociaciones entre los organizadores y la Delegación del gobierno de Madrid sobre el dispositivo policial dispuesto para «proteger el derecho a la manifestación de la ciudadanía» (ABC, 13/2/2003). Sin embargo, las informaciones a este respecto son imprecisas. Se habló de doscientos policías municipales, destinados fundamentalmente al control del tráfico, y de un número indeterminado de policías nacionales, que actuarían de forma discreta. No hubo referencia alguna a la participación del Ayuntamiento de Madrid en estas reuniones, ni tampoco a la cuestión de la organización del transporte.

En este punto hay una clara diferencia con el caso de Barcelona. El Mundo del 14 de febrero dio cuenta de la reunión celebrada entre la «Plataforma Paremos la Guerra» («Aturem la Guerra») y representantes del cuerpo de Policía nacional y de la Guardia Urbana de Barcelona. Ante la previsión de los organizadores de alcanzar el millón de manifestantes, quinientos agentes «velarán por la seguridad de los asistentes». El País de la misma fecha hizo hincapié en el protagonismo de las organizaciones sociales en la manifestación de Barcelona y en las experiencias anteriores en este tipo de acontecimientos, que habían convertido a esta ciudad «en uno de los referentes mundiales del movimiento pacifista y por una globalización alternativa». Refirió también el llamamiento de las autoridades y organizaciones convocantes para que se utilizara ese día el transporte público, y cómo se había reservado un espacio cercano al lugar de concentración para el estacionamiento de autobuses. El dispositivo de seguridad se preparó tomando como base la experiencia de la marcha antiglobalización de 2002, para evitar los incidentes de la marcha de 2001. Para ello, se llegó a un pacto similar al del 2002: «los organizadores asumieron el servicio de orden con el apoyo invisible de la policía, que se situó en las calles paralelas a aquellas por las que transcurría la marcha» (El País, 14/2/2003).

- El recorrido de la manifestación y los horarios de la misma. En todos los diarios

se incluyeron mapas que detallaban estos aspectos.

- Los lemas de las pancartas que portarían las tres cabeceras. En orden, éstos eran: «No a la guerra», «Paremos la guerra contra Irak» y «Por la no intervención de España».
- La singularidad de un acontecimiento que, por primera vez en la historia, reuniría en las calles de las ciudades de todo el mundo a ciudadanos unidos por una causa común. La prensa refirió también los preparativos que se estaban realizando en las principales ciudades europeas y las estimaciones de asistencia. En su edición del mismo 15 de Febrero, El Mundo pronosticaba que la manifestación más grande se celebraría en Londres y recogía también las previsiones de la Plataforma «Stop the War» en algunas ciudades¹³. Al mismo tiempo, consideraba que las manifestaciones más multitudinarias se celebrarían en aquellos países europeos con gobiernos claramente favorables a las tesis norteamericanas: Gran Bretaña, Italia y España.

Las ediciones del 14 y 15 de febrero incluyeron también un buen número de artículos de opinión o de columnas de sus colaboradores habituales dedicados a la manifestación. Hay que destacar que la inmensa mayoría, con argumentos dispares, hicieron un llamamiento a la participación ciudadana en las manifestaciones.

El día 14 de febrero, en el que estaba prevista la intervención ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas de Hans Blix —el jefe de la misión encargada de verificar el cumplimiento del mandato de la ONU sobre la destrucción de las armas químicas en Irak—, el editorial de El Mundo, por ejemplo, relacionó los resultados de la apretada agenda diplomática de los días siguientes con lo que preveía iba a ser el mayor acto de protesta masiva de la historia: «Si todavía hay algún medio para cambiar estos planes bélicos es seguramente la presión que van a hacer los millones de personas que saldrán mañana a la calle». Al día siguiente, 15 de febrero, el editorial del mismo periódico, titulado «Blix abre un resquicio para evitar la guerra», afirmaba: «La presencia pacífica de millo-

¹³ Estas previsiones eran entonces de 500.000 participantes en Roma, 200.000 en París y 100.000 en Berlín.

nes de ciudadanos en las manifestaciones de hoy en todo el mundo debería servir para convencer a Bush de que todavía es posible una salida pacífica al conflicto, en la que siguen creyendo muchos países y personas de la entereza de Blix».

Los artículos de opinión combinaron, por su parte, la reiteración de argumentos políticos y éticos que justificaban el rechazo a la intervención armada con la legitimidad de una nueva opinión pública internacional, constituida durante este proceso, que se expresara «saliendo a la calle» y fuera oída por los gobernantes. Por ejemplo, Fernando Vallespín en su artículo «La manifestación» (El País, 15/2/2003) afirmaba que se trataba de la primera manifestación de la sociedad global que certificaba: «...*la aparición con cuerpo y alma propios de la sociedad civil internacional*». En su opinión, estos representantes de un nuevo cosmopolitismo «...*convertirán la manifestación en un bautizo como miembros de un nuevo orden*» y constituirán «...*una nueva conciencia planetaria, que se ha ido gestando a la sombra de una globalización aparentemente monopolizada por los globalistas del nuevo mercado*».

La legitimidad del recurso a esta forma de participación política directa no fue cuestionada en ninguno de los artículos publicados en los días previos a la manifestación. Pareció existir una convicción bastante generalizada de que, ante todo, el tema de la guerra había creado algo parecido a una opinión pública global que, por primera vez y gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación, era capaz de actuar conjuntamente generando un acontecimiento histórico radicalmente nuevo. La utilización de datos de encuestas de opinión para apoyar este hecho fue constante. En segundo lugar, también se subrayó que los gobernantes habían hecho oídos sordos a este clamor ciudadano mundial, por lo que manifestarse estaba plenamente justificado. Constituía, en definitiva, un acto de defensa de la democracia frente al peligro de las implicaciones del tipo de globalización representada por el gobierno de Bush: «...*el final de la declaración de los derechos humanos, la liquidación internacional de la política representativa, el imperio feudal de las multinacionales*» (Luis García Montero, El País edición Andalucía, 15/2/2003).

Se vertieron también argumentos similares, que presentaban la participación en la manifes-

tación como un deber cívico, en las columnas de M. Hidalgo, «Sábanas Blancas» (El Mundo, 14/2/2003), y de Antonio Gala, «Por la paz» (El Mundo, 15/2/2003), o en los artículos de Trinidad Jiménez «Por qué participaré en la manifestación» (El Mundo, 15/2/2003) —entonces candidata del PSOE a la alcaldía de Madrid—, y de Ángeles Maestro, «¡Parar la guerra, ocupar la calle!» (El Mundo, 15/2/2003), coordinadora de solidaridad internacional de IU.

Durante esos días, los escasos artículos publicados por la prensa que defendieron la necesidad de una intervención armada en Irak no cuestionaron en ningún momento el derecho a la manifestación. Más bien esgrimieron argumentos de carácter «técnico» para fundamentar su postura. Éste es el caso, por ejemplo, del texto de Gustavo de Aristegui —portavoz del PP en la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso—, «El desarme y la paz» (El Mundo, 15/2/2003).

El PP trató de contrarrestar la convocatoria de la manifestación editando unos folletos en los que explicaba la postura del gobierno ante el conflicto. Éstos se incluyeron en las ediciones del 14 de febrero de cuatro diarios: ABC, El Mundo, El País y La Razón. El País del día 15 recogió la noticia informando de que se habían publicado tres millones de folletos con un total de 12 páginas. De ellas tres estaban dedicadas a criticar la postura del PSOE comparándola con la que mantuvo en 1990 ante la guerra del Golfo. Este mismo día, El País publicó tres cartas al director que protestaban por la inclusión del folleto en el periódico.

LA TARDE DEL 15 DE FEBRERO EN MADRID

«Apenas un cuarto de hora antes de que comenzase la manifestación, el recorrido previsto y todas las avenidas principales que lo rodeaban estaban completamente ocupados. No había un alfiler. Fue la concentración antibelicista más importante que se ha celebrado en la Historia de España» (El Mundo, 16/2/2003)

Las noticias de las ediciones de los diarios del 16 de febrero insistieron, sin excepción, en el impresionante número de ciudadanos que acudió a la manifestación de Madrid. Si bien ésta no fue la mayor de España —parece que fue supe-

rada en número por la de Barcelona— la prensa nacional le dedicó la mayor atención. En cierto modo, la manifestación de Madrid se presentó como epítome de las movilizaciones que tuvieron lugar en cincuenta y siete ciudades españolas, congregando a unos tres millones de personas¹⁴.

Un relato etnográfico de la manifestación en base a la lectura de la prensa debería destacar las siguientes cuestiones:

— Las previsiones de los organizadores sobre el número de asistentes se vieron totalmente desbordadas. Una hora antes del inicio de la manifestación, todo el recorrido previsto, así como las calles adyacentes, estaban literalmente abarrotadas de gente. Los adjetivos más repetidos para calificar la muchedumbre fueron: «marea humana», «aglomeración», «invasión» y «desbordamiento».

— Los transportes públicos de Madrid fueron insuficientes para el volumen de ciudadanos que deseaban dirigirse al lugar de la concentración. El País del día 16 ya apuntaba la polémica, que duraría unos días más, sobre el insuficiente servicio prestado por el metro y los trenes de cercanías. Aunque un portavoz del metro afirmó que: «*se han puesto tantos trenes como un día laborable en hora punta*», las estaciones de metro próximas al recorrido se colapsaron y los ciudadanos intentaron aproximarse a pie desde estaciones más apartadas. A su vez, RENFE no reforzó los servicios de trenes de cercanías porque reconoció que no esperaba una afluencia tan masiva (El País, 18/2/2003).

— En consecuencia, la manifestación en sentido estricto no tuvo lugar ya que ni siquiera las tres cabeceras pudieron realizar el recorrido previsto. Hacia las seis menos cuarto de la tarde — un cuarto de hora antes del inicio— toda la zona estaba colapsada.

«Una hora después de iniciarse la marcha, la manifestación apenas había avanzado 150m, ante la avalancha de personas, y dos horas después, al considerar imposible llegar hasta Sol, muchos optaron por intentar aproximarse por las calles paralelas o por abandonarla». (ABC, 16/2/2003)

— Por lo que se refiere a los participantes, los relatos de los reporteros coincidieron en destacar la sensación de enorme diversidad de los manifestantes. La crónica de Raúl del Pozo (El Mundo, 16/2/2003) comienza del siguiente modo: «*La temperatura era de 7 grados. Visión y plástico, clase media y clase popular, escarapeles del Guernica, chalinas rojas, sombreros de papel con la inscripción «Guerra no», más mujeres que hombres, más clase media que obrera, más jóvenes que mayores, algunos árabes, algunos norteamericanos...*»

A su vez, la crónica del ABC también insistió en este mismo punto: «*Mientras tanto, familias con niños, pandillas de jóvenes, matrimonios invidentes con sus perros lazarillo y hombres y mujeres de todas las edades y tendencias políticas se mezclaban con los más variados grupos sociales, culturales y políticos en un ambiente festivo y lleno de colorido. Los inmigrantes marroquíes —en un grupo integrado sólo por hombres— alternaban con voluntarios de Galicia...*» (ABC, 16/2/2003).

Esta sensación de variedad, de que «todo el mundo se lanzó a la calle», se vio reforzada por la inclusión de breves declaraciones de participantes en la manifestación que subrayaban la diversidad (padre inmigrante con niño, jubilado, abuela, joven alternativo...)¹⁵.

A pesar del frío, la aglomeración y la falta de movilidad, el ambiente de la manifestación que trasladó la prensa es festivo. Se aludió en repetidas ocasiones a los elementos más lúdicos de la protesta y a la presencia de personajes y grupos singulares: «Payasos sin fronteras» subidos en zancos, grupos de tambores, bailes a ritmo de samba... «*Estaba todo Madrid ayer a partir un piñón. Hacía tiempo que la capital no respiraba un aire tan audaz, tan fresco. Todo el centro quedó colapsado por el terremoto de la paz*» (El Mundo, 16/2/2003). «*La marcha unió a personas de orígenes muy distintos, desde militares a viejos comunistas*» (El País, 16/2/2003). En medio de la multitud, activistas de diferentes grupos políticos y ONGs pugnaban por distribuir sus panfletos y pegatinas, o por vender sus publicaciones. Un nuevo personaje, el «vende-

¹⁴ Sólo El País incluyó una información sobre la manifestación en Barcelona comparable —en extensión y detalle— a la de Madrid. La crónica de este diario fue también la más detallada en cuanto a las manifestaciones en el resto del mundo, incluyendo las realizadas en países del mundo árabe.

¹⁵ El trabajo de M. Jiménez (2004) constituye la única referencia que conozco sobre el perfil sociodemográfico y las actitudes y comportamientos políticos de los participantes en la manifestación del 15 F en Madrid.

dor ambulante de la manifestación», ofrecía a duras penas bebidas y bocadillos a los manifestantes.

Junto a la ciudadanía, los periódicos prestaron una especial atención a las personalidades que acudieron a la manifestación. Es significativo constatar que el interés que suscitaron los políticos y sindicalistas fue mucho menor que el de los artistas, concretamente los actores y directores de cine. En el caso de los primeros —salvo El Mundo que incluyó un largo artículo sobre la influencia de las movilizaciones en el liderazgo de Zapatero en el PSOE— prácticamente sólo apareció una mera enumeración de los nombres de los asistentes, y casi ninguna foto. Por contra, hubo crónicas muchos más largas y reportajes gráficos especiales de los artistas.

— La sensación de normalidad y civismo se acrecienta al comprobar que no hubo ninguna referencia a incidentes con las fuerzas de orden público o a destrozos en el mobiliario urbano. El País aludió a la presencia de quinientos policías nacionales y doscientos municipales encargados, respectivamente, de la seguridad de la manifestación y del control del tráfico. A las diez de la noche, una hora después del fin de la manifestación, la capital había recuperado la normalidad. Los setenta vehículos y doscientos operarios del Ayuntamiento encargados de la limpieza extraordinaria de la zona habían acabado para entonces su tarea. Es también interesante advertir que el Samur-Protección Civil no atendió ningún incidente grave durante la marcha. *«De hecho, este servicio sanitario no había establecido ningún dispositivo especial, ya que consideraba que se trataba de una «manifestación pacífica», según un portavoz. Éste informó de que sólo habían trasladado dos ambulancias de voluntarios a la zona»* (El País, 16/2/2003).

— Ante la imposibilidad de avanzar, el servicio de seguridad tomo una decisión: *«..rápidamente organizaron a los artistas que, con auténtico espíritu de «comando», agarraron la pancarta y comenzaron a marchar a paso rápido hacia la izquierda, cruzando el Paseo del Prado en dirección a la calle Lope de Vega. Varios miles de personas los seguían»* (El Mundo, 16/2/2003). Las otras dos cabeceras se quedaron atascadas en el Paseo del Prado y no llegaron a la Puerta del Sol.

En esta última, se había preparado un escenario con un fondo blanco, adornado con palomas de la paz, que incluía el lema «Paremos la

Guerra contra Irak». A las ocho menos cuarto, Pedro Almodóvar comenzó a leer el manifiesto contra la guerra, siendo relevado por Leonor Watling y Fernando Fernán Gómez. El ABC y El Mundo incluyeron amplios resúmenes del contenido del manifiesto, mientras que El País lo reprodujo en su totalidad. Una vez concluida la lectura del manifiesto, se llevó a cabo el simulacro de bombardeo planeado por el cómico Leo Bassi, que ya había sido ejecutado en días anteriores ante el Ministerio de Asuntos Exteriores. Sin embargo, las crónicas advirtieron del escaso éxito de la iniciativa dado que, habida cuenta de la aglomeración existente, fue casi imposible que los asistentes escenificaran las consecuencias de un bombardeo echándose al suelo.

— La diversidad de la protesta se hizo también patente mediante la referencia a las pancartas, banderas y eslóganes desplegados y coreados en la manifestación. En este punto, hay que recordar la negociación entre las diferentes organizaciones participantes —dentro del marco general de la convocatoria internacional— que llevó a la redacción de un único manifiesto y de un único lema: «No a la guerra. Paremos la guerra».

La consigna principal apareció en numerosas pancartas así como en las camisetas, «pins» y pegatinas popularizados en las dos anteriores semanas por los artistas, desde que se exhibieron en la gala de los Premios Goya. Junto a éstos, de nuevo, la diversidad fue la norma: *«Al viento bailaban banderas palestinas, republicanas, ecologistas, antiglobalización, comunistas, de colectivos culturales, vecinales»* (El Mundo, 16/2/2003). *«Entre las banderas de CCOO, UGT, IU, PSOE, Nunca Más, Green Peace, Manos Unidas, el Arco Iris de los homosexuales y las enseñas de las Comunidades y de otros países como Argentina o Chile, también se podía ver la «paloma de la paz» de Alberti y el «Guernica» de Picasso»* (ABC, 16/2/2003).

En los días posteriores, algunos artículos de opinión y cartas al director resaltaron la práctica ausencia de banderas españolas en la manifestación de Madrid. En concreto, el ABC del día después resaltó la exhibición de símbolos del pasado: *«..como las banderas republicanas, de la CNT, del PCE o anarquistas, junto con otras negras con calaveras que marcaban la nota discordante»*. (ABC, 16/2/2003). También se aludió a la abundancia de pancartas caseras, a las

maquetas representado misiles u otro tipo de armamento y a las numerosas caricaturas de Bush y Aznar.

En cuanto a las proclamas, el «No a la guerra» y la petición de paz fueron mencionadas por la prensa como mayoritarias. No obstante, el Mundo y el ABC también incluyeron citas literales de proclamas, consignas y cánticos, más o menos ingeniosas y de peor o mejor gusto, dirigidas fundamentalmente contra los dos presidentes: «Aznar (*sic*) por el Bush te van a dar; Hitler también fue elegido democráticamente» (ABC, 16/2/2003); «Aznar=Lewinsky», «El yanqui necesita jarabe vietnamita»; «Anita y Agag, a luchar a Irak»; «¡Sharon, Bush y Aznar, el eje del mal!»; «Aznar, Solana, basura americana»; «No a la guerra, que vaya Ana Botella»; «Aznar, deja ya de rebuznar»; «Aznar capullo, que vaya un hijo tuyo»; «El del bigote, que limpie el chapapote» (El Mundo, 16/2/2003).

— El comunicado leído fue el texto pactado días antes y presentado el 11 de febrero en la mencionada rueda de prensa, bajo el título «Paremos la guerra contra Irak». El texto comenzaba afirmando la falsedad de las acusaciones del rearme e Irak, vertidas por los gobiernos británico y norteamericano, y denunciaba las presiones de Bush para obtener el apoyo internacional a una intervención armada que se consideraba inminente. Continuaba con una breve descripción de la terrible situación de Irak tras los doce años de embargo y calificaba de desastre humanitario una nueva guerra. Por consiguiente, negaba la existencia de cualquier tipo de imperativo moral tras una guerra, que calificaba como guiada por el petróleo y destinada a una remodelación geopolítica de Oriente Medio. La estrategia del gobierno norteamericano, según el texto, formaba parte de un nuevo ordenamiento mundial basado en la guerra preventiva y en la guerra global contra el terrorismo, que tenía como objetivo imponer la dominación estadounidense a escala planetaria. Se trataba, en suma, de una guerra inmoral e ilegítima que podía pararse dada la creciente oposición internacional. Prueba de ello era la oleada de movilizaciones que habían tenido lugar en todo el mundo, de la que el documento aportaba algunos ejemplos.

La última parte del texto estaba dedicada a la oposición a la participación española en la guerra, indicándose que se trataba de una postura compartida por la inmensa mayoría de los ciu-

dadanos, tal y como reflejaban los datos de las encuestas (de acuerdo con el manifiesto, el 75% de los españoles compartía el rechazo). El compromiso de Aznar con el presidente norteamericano se calificaba de violación de la legalidad institucional y de la Constitución, así como de las condiciones del referéndum de entrada en la OTAN. La situación era definida en los siguientes términos: «nos enfrentamos al peligro de quiebra democrática interna y a un grave proceso de regresión de derechos civiles y libertades...»

El ABC afirmó que, mientras Leonor Watling y Fernando Fernán Gómez se limitaron a leer el texto acordado, Pedro Almodóvar: «...se saltó el guión elaborado por los convocantes y tras cifrar en dos millones los participantes en la manifestación dijo que nadie entendía lo de la guerra preventiva. 'La única prevención contra la guerra se llama paz'» (ABC, 16/2/2003). Este mismo diario también resaltó que la lectura del manifiesto fue seguida con gritos de «Dimisión, dimisión» y «Aznar, asesino».

— Las crónicas de la manifestación de Madrid se completaron con informaciones detalladas sobre las manifestaciones en el resto de las ciudades españolas, destacándose el altísimo número de participantes, la misma diversidad, similares eslóganes y también la ausencia de incidentes. El País fue el diario que proporcionó mayor información sobre el desarrollo de las trescientas cincuenta manifestaciones que tuvieron lugar en España. Es sorprendente que tres millones de personas saliendo a la calle no dieran lugar ni a una sola noticia en las páginas de sucesos.

— Tal y como hemos visto, las manifestaciones del 15 de febrero en España fueron objeto de atención por parte de la prensa escrita desde el momento en el que se produjo la convocatoria. Lo mismo ocurrió con algunas emisoras de radio y, sobre todo, con ciertas páginas de internet que se convirtieron en transmisoras de información continua, «en tiempo real», sobre el desarrollo de la convocatoria, primero, y después sobre las manifestaciones en cualquier lugar del mundo. Las direcciones electrónicas de las organizaciones convocantes, el manifiesto, los lugares y horarios de las concentraciones, los transportes públicos de algunas de las ciudades o las instrucciones para los desplazamientos aparecieron en dichas páginas, además de textos para el debate. El País del 16 de febrero tituló una de

sus crónicas: «*El día en que internet sustituyó a los panfletos*».

Los periodistas, reporteros gráficos y algunos de los colaboradores habituales de los tres diarios analizados sí acudieron a la manifestación. Sus crónicas son buena prueba de ello. Algunas emisoras de radio dedicaron programas especiales a la manifestación. ¿Y la televisión? Acostumbrados a la retransmisión en directo de los grandes acontecimientos mediáticos —bodas reales, desfiles, visitas papales o manifestaciones antiterroristas— los españoles quedaron asombrados al comprobar que RTVE no modificó su programación del sábado 15 por la tarde, ni previó la realización de espacios informativos especiales que llevaran a los que se habían quedado en casa imágenes en directo de la manifestación. El telediario de la noche sí dedicó quince minutos a las manifestaciones. Por el contrario, las movilizaciones fueron seguidas en directo por las cadenas autonómicas. En concreto, Telemadrid situó cámaras y enviados a lo largo del recorrido e interrumpió en varias ocasiones la retransmisión de un partido de fútbol para ofrecer imágenes y comentarios a los telespectadores. Mientras tanto, los manifestantes se quedaron incomunicados porque los teléfonos móviles dejaron de funcionar. Así, una vez más, el transistor fue el único medio por el que los manifestantes pudieron conocer lo que estaba ocurriendo en otras partes de su propia manifestación, o en las demás que se estaban desarrollando simultáneamente.

ALGUNAS ENSEÑANZAS DE LA MANIFESTACIÓN DEL 15F EN MADRID PARA LA REFLEXIÓN SOBRE LA RECONSTRUCCIÓN DE LOS ESPACIOS DE LA CIUDADANÍA

Pretender extraer conclusiones sobre los complejos procesos de reconstrucción de los espacios de ciudadanía a partir de un estudio de caso como el que me ocupa puede parecer extremadamente pretencioso. Además de profundizar en el contexto de la movilización, ello exigiría, al menos, tomar en consideración la «manifestación de papel» (Champagne, 1990); es decir, el modo en que en los días posteriores se produjo el debate sobre la atribución de significados al acontecimiento. Sin embargo, aunque ello excede el alcance de estas páginas, y siendo cons-

ciente de mis limitaciones, sí creo que se pueden apuntar algunas enseñanzas provisionales que, como poco, trazan futuras líneas de trabajo y reflexión.

Ante todo, habría que comenzar por resaltar la enorme versatilidad de la manifestación, que ha sido capaz de adaptarse a una multiplicidad de actores y demandas en contextos históricos y socio-políticos radicalmente dispares; y que, en los últimos años, parece haberse convertido en la expresión por excelencia de lo que algunos autores entienden como la construcción de una nueva «ciudadanía global». Incluso para esta última, la visibilidad de la protesta y la expresión del poder de la masa ocupando el espacio urbano parecen seguir siendo imprescindibles.

Aun admitiendo que nos encontramos en un momento de quiebra y recomposición de los espacios de la política, y reconociendo, al tiempo, la profunda transformación de los espacios de nuestras vidas cotidianas, la manifestación constituye un momento en el que se reconcilian las lógicas de los flujos y de los lugares. Un punto en el que, de forma transitoria pero con efectos duraderos, se trazan puentes entre ambos espacios, lo que contribuye a evitar aquella esquizofrenia que predecía Castells (2001).

La nueva esfera pública en construcción sigue necesitando encarnarse en el espacio urbano; más concretamente, en determinados lugares de la ciudad, cargados de un fuerte simbolismo. Pero, además, exige emplear un repertorio sobradamente conocido por amplios sectores de la población para garantizar el éxito de sus convocatorias y aumentar la probabilidad de que sean escuchadas sus demandas. La manifestación clásica cumple a la perfección con ambos requisitos. Ello entraña una cierta cesura entre la naturaleza de la nueva esfera pública —virtual, desnacionalizada, en tiempo real— y la encarnación de la protesta en los viejos cascos urbanos, que una vez representaron la esencia de la vieja ciudadanía nacional. Estos mismos centros históricos, cuya fisonomía apenas ha cambiado en el último siglo a no ser por la construcción de algunos edificios singulares de la posmodernidad, son reapropiados por medio de la protesta ciudadana y se convierten en el contenedor por excelencia de la nueva ciudadanía global. Sus calles y monumentos son capaces de seguir representando la vieja ciudadanía nacional y, al tiempo, de convertirse en los lugares más significativos de la ciudad global (Sassen, 1999). Sus

avenidas y calles acogen, durante la manifestación, una combinación perfecta entre los viejos contenedores y sus nuevos habitantes. De lugares de una Historia nacional definida por la homogeneidad cultural y por la división en clases sociales, son transformados en espacios de una nueva diversidad. Esta variedad, casi fragmentación, de los participantes en la manifestación sobre escenarios perfectamente identificables por el espectador —la Puerta del Sol, el Big Ben, Los Campos Elíseos, El Coliseo...— se convierte en un factor decisivo del espectáculo y de su telegenia.

No obstante, a pesar de que los principales elementos constitutivos del repertorio manifestante se mantienen, existen algunas diferencias que deben analizarse con mayor detenimiento. Quizá la más destacada sea el aumento de la importancia de la muchedumbre, del gran número. Si bien el éxito de la protesta —una vez expresada en forma de manifestación— siempre estuvo relacionado con el número de personas que lograban movilizar sus organizadores, en las manifestaciones de la ciudadanía global su significación se acrecienta todavía más con la idea de simultaneidad: mucha gente saliendo a la calle, coreando las mismas consignas, a la vez, en muchos sitios distintos. En el caso de los Foros Sociales Mundiales o de las cumbres de Jefes de Estado, se trataba de movilizar a los participantes, transportándolos —literalmente— a los lugares en donde se celebraban dichas reuniones. La abundancia y rapidez de los medios de transporte facilitan el desplazamiento de los activistas. Al mismo tiempo, para reforzar la amplitud de la reivindicación, se organizan actos de protesta más limitados en otros lugares.

Por lo que se refiere a las movilizaciones del 15F, la estrategia fue diferente. Primero, porque no había un centro físico en el que concentrar la protesta. La sola posibilidad de pensar en una gran manifestación delante de la Casa Blanca, tras el 11S, era totalmente inimaginable. Segundo, porque la reivindicación última apuntaba a advertir de los peligros del nuevo orden mundial que parecía estar dibujándose tras la decisión de una intervención armada en Irak. De aquí que la idea de recurrir a la vieja manifestación, pero añadiéndole el componente de la simultaneidad y la generalidad, pareciera la más adecuada. El éxito de la protesta dependía no sólo de la cantidad de gente que participara en una ciudad determinada, sino del número de

ciudades en las que tuviera lugar. Para triunfar, la estrategia dependía por completo de los medios de comunicación. Al volver rápidamente a casa, el manifestante podría así comprobar, fascinado, como en su pantalla de televisión se veía a sí mismo reproducido —con los mismos gestos, con las mismas proclamas— en diferentes contextos urbanos, con distintos idiomas, a lo largo y ancho del globo. La misma idea de concomitancia, de suma de voluntades, que reprodujo la prensa escrita mediante la sucesión y disposición de sus crónicas.

En esta «nueva» manifestación, además, la reapropiación del espacio urbano a medida que los paseantes (los «marchadores») lo recorren con sus pasos (De Certeau, 1994) es sustituida por la práctica inmovilidad provocada por la muchedumbre. La marcha, el desfile son reemplazados por la ocupación, el llenado, el desbordamiento. El recorrido de la manifestación es habitado pero no transitado. Tampoco hay lugar para el espectador tradicional, que aplaude, anima o abuchea al paso del cortejo. El único posible es el telespectador, quien, sentado en el salón de su casa, contempla las imágenes que transmiten las cámaras de televisión hábilmente dispuestas en puntos clave del recorrido. El movimiento del desfile es sustituido por el montaje de imágenes prácticamente fijas, cuyo ritmo se ve acompañado por el relato de los corresponsales situados, ellos también, en puntos cuidadosamente establecidos. Así, los planos generales de la multitud —espectaculares cuando son tomados desde un helicóptero— se intercalan con primeros planos de los manifestantes o de las pancartas.

Las pancartas y banderas —que sólo tienen verdadero sentido en un desfile— siguen siendo importantes en la nueva manifestación; al igual que las consignas, los cánticos y los demás elementos lúdicos que se han ido generalizando en las protestas de las últimas décadas (charangas, tambores, orquestas...). El movimiento, aquí, es sustituido por la sucesión de las consignas, por el abigarramiento de las banderas. Una vez más, sólo el montaje de las imágenes transmitidas por las cámaras logra introducir la noción del movimiento, al tiempo que la sobreabundancia de pancartas contribuye a aumentar la sensación de muchedumbre.

En un mundo de espacios fragmentados, en los que las personas se ven sometidas a un incesante trabajo de construcción de sus propias

identidades (Dubet, 1994), la manifestación es un lugar, un momento importante para el aprendizaje de la ciudadanía. Congregarse, salir juntos a la calle, estar allí y reconocerse después en la televisión o en la prensa, hacer oír una voz

común o expresar la indignación moral son todas ellas experiencias importantes —casi únicas— de formar parte de un «nosotros común». De participar en lo que Hobsbawm (1974) denominaba la «ceremonia de la solidaridad».

BIBLIOGRAFÍA

- ADELL, R. (1993): «Movimientos sociales y participación política». *Revista de Estudios Políticos*. nº82: pp. 177-194.
- ADELL, R. (1994): «Movimientos sociales y contexto político». *Leviatán*. nº 56. pp. 113-128.
- ALONSO, L. E. (1993): «La reconstrucción de las señas de identidad de los nuevos movimientos sociales». *Documentación Social*. nº 90.
- ALONSO, L. E. (1994): «Crisis y transformación de los nuevos movimientos sociales en un entorno postfordista», en P. Del Castillo (ed.). *Comportamiento político y electoral*. Madrid, CIS.
- BAUMAN, Z. (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*. México, FCE.
- CASTELLS, M. (1974): *La cuestión urbana*. Madrid, ed. S.XXI.
- CASTELLS, M. (1995): *La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid, Alianza ed.
- CASTELLS, M. (2001): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Vol. 1. «El poder de la identidad». Madrid, Alianza ed.
- CERTEAU, M. de. (1990): *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*. París, Gallimard.
- CHAMPAGNE, P. (1990): «La manifestation comme action symbolique», en P. Favre (ed.). *La manifestation*. París, Presse de la Fondation Nationale de Sciences Politiques.
- DUBET, F. (1994): *Sociologie de l'expérience*. París, ed. du Seuil.
- FARRO, A. L. (2002): «Globalisation Movements in Europe». *Papeles del CEIC*. Universidad del País Vasco n. 6.
- FAVRE, P. (ed.). (1990): *La manifestation*. París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques.
- FAVRE, P., O. FILLIEULE y N. MAYER. (1997): «La fin d'une étrange lacune de la sociologie des mobilisations. L'étude par sondage des manifestants. Fondements théoriques et solutions techniques». *Revue Française de Science Politique* 47: pp. 3-28.
- FILLIEULE, O. (1997): «Plus ça change, moins ça change». *Demonstrations in France during the Nineteen-Eighties*. *EUI Working Paper* n. 97/18.
- GIDDENS, A. (1997): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza ed.
- GRAU, E. y P. IBARRA (coords.). (2004): *Anuario de movimientos sociales: la red en la calle: ¿Cambio en la cultura de la movilización?* Barcelona, ed. Icaria.
- HARVEY, D. (1977): *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid, ed. S. XXI.
- HELD, D., A. McGrew, D. Goldblatt y J. Perraton. (1999): *Global Transformations*. Londres, Polity.
- HELD, D. (2002): *La democracia y el orden global*. Barcelona, ed. Paidós.
- HOBBSBAM, E. (1974) (e.o.1959): *Rebeldes primitivos*. Barcelona, ed. Ariel.
- IBARRA, P. y B. TEJERINA (eds.). (1998): *Los movimientos sociales. Transformación política y cambio cultural*. Madrid, ed. Trotta.
- IBARRA, P., S. MARTÍ y R. GOMA (eds). (2002): *Creadores de democracia radical: movimientos sociales y redes de políticas públicas*. Barcelona, ed. Icaria.
- LARAÑA, E. (1999): *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid, Alianza ed.
- LARAÑA, E. y J. Gusfield (eds). (1994): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid, CIS.
- LEFEVRE, H. (1974): *La production de l'espace*. París, Antrhopos.
- LEFEVRE, H. (1976): *La revolución urbana*. Madrid, Alianza ed.
- MARSHALL, T. H. (1998): *Ciudadanía y clase social*. Madrid, Alianza ed.
- MORÁN, M. L. (2003): «Aprendizajes y espacios de la ciudadanía». *Íconos*: Flacso, Ecuador, pp. 31-43.
- PONT VIDAL, J. (2004): *La ciudadanía se moviliza. Las movilizaciones sociales y la globalización en España*. Madrid, ed. Flor del Viento.
- POSTER, M. (1997): «Cyberdemocracy: Internet and the Public Sphere», en D. Portes (ed). *Internet Culture*. Londres, Routledge: pp. 201-218.

- PROCACCI, G. (1999): «Ciudadanos pobres: la ciudadanía social y la crisis de los Estados de Bienestar», en S. García y S. Lukes. *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*. Madrid, ed. s. XXI.
- ROBLES, J. M. (ed). (2002): *El reto de la participación*. Madrid, Antonio Machado.
- SASSEN, S. (2003a): *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en circuitos transfronterizos*. Madrid, Traficantes de sueños.
- SCOTT, J. (1990): *Domination and the Arts of Resistance*. New Haven, Yale University Press.
- SENNET, R. (1978): *El declive del hombre público*. Barcelona, Península.
- SMITH, J. (1998): «Nacionalismo, globalización y movimientos sociales», en P. Ibarra y B. Tejerina (eds.). *Los movimientos sociales. Transformación política y cambio cultural*. Madrid, ed. Trotta.
- SOMERS, M. (1993): «Citizenship and the Place of the Public Sphere. Law, Community, and Political Culture in the Transition to Democracy». *American Sociological Review* vol. 58, no. Octubre: pp. 587-620.
- SOMERS, M. (1994a): «The narrative constitution of identity: A relational and network approach». *Theory and Society*, no. n° 23: pp. 605-649.
- SOMERS, M. (1999): «La ciudadanía y el lugar de la esfera pública: un enfoque histórico», en S. García y S. Lukes (eds.). *Ciudadanía, justicia social, identidad y participación*. Madrid, ed. S. XXI, pp. 217-34.
- TILLY, Ch. (1994): *Citizenship, Identity and Social History*. Nueva York, Center for Studies of Social Change, Working Paper n° 205, New School for Social Research.
- TILLY, Ch. (2000): «Spaces of Contention». *Mobilization: An International Journal* 5: pp. 139-59.
- TILLY, Ch. (2003): *The Politics of Collective Violence*. Cambridge, Cambridge University Press.
- TILLY, Ch. (2004): *Coercion and Democracy in Europe*. Cambridge, Cambridge University Press.
- TURNER, B. (1992): Outline of a Theory of Citizenship, en Ch. Mouffe (ed.). *Dimensions of Radical Democracy. Pluralism, Citizenship, Community*. Londres, Verso.
- TURNER, B. (2001): «The Erosion of Citizenship». *British Journal of Sociology*. Vol. 52, n° 2: pp. 189-209.